

Para llegar al *Quijote*

Fue mi padre, con la cabeza envuelta en el humo del cigarro, sentado en la orilla de mi cama, quien me dio la primera noticia de don Quijote y de su empeño en acometer empresas imposibles; de Dulcinea y Sancho Panza, del Caballero de la Media Luna y de los temibles enemigos, transformados por artes de hechicería en molinos de viento o en odres de vino. Fue mi padre quien primero me contó del palacio encantado en la cueva de Montesinos, del león acobardado, de los galeotes liberados, de la quema de los libros, de la velación de las armas en el patio de la venta. Y lo contaba todo como si lo fuera inventando, como si en ese mismo momento en que hablaba una musa oportuna le inspirara aquellas historias que yo escuchaba absorto desde la inocencia de mis muy pocos años —¿cuatro, cinco?

Un día mi padre, cuando yo comenzaba a leer por mi cuenta, confesó sus candorosos plagios al poner en mis manos una versión infantil del *Quijote*. Allí estaban, con otras palabras, que eran y no eran las suyas, encarnados en sencillas ilustraciones, remedo lejano de las que trazó Doré, aquellos personajes que ya me eran familiares: el cura y el barbero, Teresa Panza, el bachiller y el vizcaíno;

el riguroso médico de la ínsula Barataria y la tentadora Altisidora con su laúd y sus terrenales encantos, suficientes para turbarme.

Algún otro día, años después, leyendo al azar en el *Quijote*, brotó de sus páginas el desafío de una profesión de fe, un ideal tanto más convincente cuanto más irrealizable:

Y has de saber más: que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no sólo tocan, sino pasan las nubes, y que a cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles (mástiles) de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente y con intrépido corazón los ha de acometer y embestir, y, si fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante. (II, vi)

Y al mismo tiempo, la hazaña no menos heroica de una forma de rendido y constante amor que transfigura a la persona amada. Así, según la ve don Quijote, en Dulcinea:

[...] se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura

nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas (alabarlas) y no compararlas. (I, xiii)

Amor capaz de dar un sentido cabal a la vida: “Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser” (I, xxx), dice don Quijote. Amor capaz de vencer todas las pruebas y ser siempre fiel:

Mirad, caterva (gentuza) enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y alfeñique (de dulce), y para todas las demás soy de pedernal; para ella soy miel, y para vosotras acíbar; para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás, las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje; para ser suyo, y no de otra alguna, me arrojó la Naturaleza al mundo. (II, xlv)

¿Cómo no enamorarse de las fabulaciones, tan dramáticamente reales, de ese otro ingenioso hidalgo, inventor de don Quijote, don Miguel de Cervantes? Una vez que se llega al *Quijote*, hay que volver, por gozosa necesidad, una y otra vez, a sus páginas, a sus enredos, a sus amoríos, a su avasallador sentido del humor. Leyendo el *Quijote* se aprende a vivir. Nadie debería pasar por el mundo sin gozar la lectura de esta novela colosal.

En 1991, otro hombre ejemplar, don Eulalio Ferrer, me invitó a preparar una versión del *Quijote* que pudiera

acercar a los jóvenes a la mayor de las obras de Cervantes. Acepté encantado. Aquella primera edición, aparecida en junio de ese año, fue publicada por el gobierno del estado de Guanajuato, que la reeditó en 2001. Ahora aparece en una nueva edición, totalmente revisada y en muchos lugares ampliada.

Espero que cumpla su propósito. Que sea una manera de llevar a las y los jóvenes de este siglo XXI a una de las más altas y más divertidas cumbres de nuestra cultura. Espero que sirva para presentarles a la multitud de personajes que puebla sus páginas, para entretener sus ocios y promover los valores que el *Quijote* defiende: la honestidad, la lealtad, la fidelidad, el aprecio por la virtud; sobre todo, la necesidad de la justicia.

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha ha gozado del favor de los lectores desde el momento de su aparición. Tanto, que una vez aparecida su primera parte, hubo una continuación apócrifa (falsa, de otro autor), de Alonso Fernández de Avellaneda, que apareció en Taragona, en 1614. La primera parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* fue publicada por Juan de la Cuesta, en Madrid, en 1605; la segunda en 1615, por el mismo impresor. Desde entonces esta novela ha ido ensanchando su fama por el mundo; se ha publicado en multitud de lenguas, incontables veces; ha servido de enseñanza, consuelo y entretenimiento a los lectores que se acercan a ella en cada generación.

Con el paso del tiempo el gusto por la novela y por don Quijote ha crecido y se ha manifestado en una infinidad de otras obras de arte: dibujos, grabados, pinturas,

esculturas, ballet, óperas, canciones, poesías, obras de teatro, cuentos, películas, comedias musicales... Y aunque los cervantistas llevan ya cuatro siglos profundizando sus investigaciones y sus reflexiones sobre cada palabra y cada episodio del *Quijote*, la novela continuará ofreciendo material de estudio y de comentarios en todo el tiempo por venir.

Don Quijote y Sancho Panza, Dulcinea y Altisidora se han convertido en prototipos de la humanidad. Quien lea sus aventuras jamás podrá olvidarlos. Más bien los convertirá en compañeros inseparables de su vida. El *Quijote*, sin embargo, es una novela larga, escrita hace mucho tiempo —el lenguaje puede ser, al principio, un tanto extraño— y, a veces, los lectores no se animan fácilmente a recorrerla. Pero si, primero, como hizo conmigo mi padre, alguien se la cuenta; si les da algunas claves para entender mejor su lenguaje; si los ayuda a reconocer el ingenio, las emociones y la sabiduría del texto, muchos más podrán leerla. La disfrutarán. Ésa, como dije, es la intención de este libro: contarle al lector joven —o curioso— la maravillosa historia de don Quijote, para animarlo a la lectura directa y completa de la novela.

Además de compendiar la acción de la obra, los resúmenes, capítulo por capítulo —los títulos están completos—, que componen esta guía procuran destacar los rasgos más notables de los personajes, e incluyen numerosos ejemplos de la escritura de Cervantes (entre paréntesis aparecen, después de algunas palabras que pueden presentar alguna dificultad, sinónimos que las aclaran). De esa manera, no se tiene sólo una versión abreviada

de la obra, sino una guía para comprenderla y disfrutarla mejor. Con esa misma intención se añaden, sobre todo en los primeros capítulos, ciertos comentarios que subrayan los sentidos del texto o llaman la atención sobre algunas características de la novela.

Por necesidad, esta guía puede dar sólo una idea aproximada de la ironía, la sabiduría, la profundidad, el suspenso y el humor de la obra de Cervantes. Para disfrutar en toda su grandeza las situaciones cómicas, trágicas o solemnes; los chispeantes o conmovedores diálogos; la pasmosa verdad de los personajes; la minuciosa trabazón de la trama, los matices del lenguaje, la riqueza de las ideas, habrá que leer, completo, el texto del *Quijote*. Sea esta guía una invitación para hacerlo.

La vida y el tiempo de Cervantes

En 1479, los monarcas de Castilla y de Aragón, Isabel y Fernando, casados desde diez años antes, decidieron unir sus reinos. Los Reyes Católicos, como fueron llamados por el papa Alejandro VI, lograron unificar a España, expulsaron de su territorio a los moros e iniciaron, del otro lado del océano, la ocupación de América, las tierras a las que, con su apoyo, había llegado Colón. Uno de sus nietos llegó a ser rey de España en 1517, y emperador de Alemania dos años después. Lo conocemos como Carlos I de España y, más comúnmente, como Carlos V de Alemania.

Bajo su gobierno, el Imperio español se extendió tanto que pudo decirse que en sus dominios no se ponía el sol: llegó a comprender España, los Países Bajos, Austria, el reino de Nápoles, gran parte de América y las Filipinas. La plata y el oro de las minas de México y del Perú financiaron la expansión del imperio y sus constantes guerras, lo mismo contra los turcos que contra Francia, Inglaterra y los luteranos de Flandes y de Alemania.

Dos grandes batallas navales marcaron el momento de mayor esplendor y el principio de la decadencia del imperio. El 7 de octubre de 1571, en Lepanto, frente a

las costas de Grecia, la armada española, bajo el mando de don Juan de Austria, medio hermano del rey Felipe II —hijo de Carlos V—, desbarató a la armada turca. Tres décadas después, en 1602, la llamada Armada Invencible, que Felipe II había enviado contra la Inglaterra de Isabel I, sucumbió ante los navíos ingleses, en medio de una gran tormenta.

Ése fue el tiempo en que vivió Cervantes: la gloria del Imperio y el principio de su declinación.

Miguel de Cervantes, el autor del *Quijote*, nació en 1547 y murió en 1616. En su vida abundan las hazañas y los contratiempos. Puede decirse que es típica de aquellos días y de aquel Imperio que había convertido la expansión de la fe católica en su razón de ser. Eso justificaba lo mismo combatir contra los países europeos protestantes y contra el Imperio otomano, que buscar, del otro lado del mar, nuevas tierras que colonizar y nuevos pueblos que someter y convertir.

Miguel fue el cuarto de los siete hijos de Rodrigo de Cervantes, un modesto cirujano que trabajó en la Universidad de Alcalá de Henares, ciudad donde nació el futuro escritor, y después en Valladolid, Sevilla y Madrid, en busca de una fortuna que nunca llegó. Poco se sabe de la infancia de Cervantes. Se dice que asistió a la escuela poco tiempo, pero fue mucho lo que aprendió en sus viajes, en su vida aventurera y, sobre todo, en sus lecturas, pues Cervantes fue un insaciable lector.

Cuando tenía veinte años, viajó por Italia, formando parte del séquito del cardenal Acquaviva. Deslumbrado, visitó Florencia, Milán, Palermo, Venecia, Parma, Ferrara

y Roma. Luego fue soldado: junto con su hermano Rodrigo, combatió en Lepanto. A bordo de *La Marquesa*, enfermo y con fiebre, peleó valerosamente. Sufrió varias heridas y perdió el movimiento de la mano izquierda: “herida —escribió en el Prólogo de sus *Novelas ejemplares*— que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros”. Su audacia le valió una carta de recomendación del mismo almirante de la Armada, don Juan de Austria.

Tras una larga convalecencia en Sicilia, el año siguiente Cervantes peleó en Navarino, Túnez y La Goleta. Cuando regresaban de Nápoles a España, a bordo de la galera *Sol*, Miguel y Rodrigo fueron capturados por corsarios turcos y vendidos como esclavos en Argel. Cinco años pasó Cervantes en cautiverio y, como él lo escribió, “aprendió a tener paciencia en las adversidades”. Muchas veces intentó en vano escapar, con sus compañeros, pese a las terribles penas con que se castigaban los intentos de fuga. Pero Hasán, el rey de Argel, admiró la obstinación de aquel español manco y jamás lo castigó. Finalmente se pagó el rescate y Miguel salió para España el 24 de octubre de 1580 —Rodrigo había sido liberado antes.

A las aventuras y la gloria siguió una etapa de pobreza y oficios miserables. Dos veces más Cervantes fue encarcelado. Una de ellas, en 1602, acusado de malos manejos cuando estaba encargado de comprar trigo para la Armada Invencible. En prisión, tal vez en Sevilla, comenzó a escribir el *Quijote*. Su vida familiar era difícil. Con él vivían una hija natural, su esposa, su madre, dos

hermanas y la suegra, que había enviudado. Un día, su mujer regresó a Esquivias, donde había nacido y donde tenía propiedades. El ex soldado y el resto de la familia prefirieron quedarse en Valladolid.

Cuando Cervantes retornó del cautiverio en Argel, comenzó a escribir poesía y teatro, con poca fortuna, y en 1585 publicó la primera y única parte de su primera novela, *La Galatea*, que tampoco logró gran reconocimiento. Sus últimos años fueron muy productivos. En 1605, cuando tenía 58, publicó la primera parte del *Quijote*; en 1613, las *Novelas ejemplares*; el año siguiente, el *Viaje del Parnaso*; en 1615, las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos*, más la segunda parte del *Quijote*; en abril de 1616 —mes de su muerte— terminó *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, “puesto ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte”, como dice en la Dedicatoria al conde de Lemos.

El *Quijote* es el fruto más alto del genio de Cervantes. La sátira contra los libros de caballerías, que contaban las aventuras de los caballeros andantes, que iban solos por el mundo para defender a los débiles e imponer la justicia es el supuesto pretexto para escribir el libro. Pero éste es sólo un punto de partida. Más allá de ese propósito hay un homenaje a dichos libros y, sobre todo, al ideal caballeresco. Convencido de que la caballería es una misión vital, don Quijote asciende a las más puras fuentes de lo heroico y sufre como un mártir los mayores dolores. Su propósito de restaurar la vieja orden de la caballería y establecer un reinado de justicia universal, revela su grandeza y lo convierte en un reformador del mundo.



El ingenioso
hidalgo
don Quijote
de la Mancha

Primera parte

Dedicatoria

Es muy breve, al duque de Béjar, en el tono retórico y servil que solían llevar en esa época las dedicatorias. Cervantes confía en que *al abrigo del clarísimo nombre de vuestra excelencia* su libro quede protegido de quienes *no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos.*